

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.
MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.
 Un número suelto, 3 reales.
 Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

4^{er} Año. N^o 3.—Marzo 8 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.
ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... — 55 * (11 ps.). — 30 fr. (6 p. *)
 Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.
PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.
 Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.]

EL GENERAL PRIM.

El general don Juan Prim, cuyo retrato damos, es el que, por su intrepidez, á veces temeraria tal vez, pero siempre afortunada, ha logrado fijar mas en élla atencion de todos cuantos dirijen hoy sus miradas hácia la marcha victoriosa del ejército español en Marruecos.

M. Doré ha trazado para nosotros, con arreglo á los croquis de nuestro corresponsal el señor Yriarte, el reciente rasgo de heroismo con que el general Prim ha causado el asombro de sus soldados, acostumbrados sin embargo á verle ejecutar esos prodigios de temerario valor que le hacen adorar en el ejército. Nuestro dibujante representa al conde de Reus penetrando á caballo en una batería marroquí, por la brecha que acababa de abrirle el cañon, y seguido por los voluntarios catalanes, quienes ponen á todos los Moros fuera de combate y



El general Prim, conde de Reus, general en jefe del 3^{er} cuerpo del ejército español en Marruecos.
 Segun un retrato comunicado por su familia.

aseguran la vida del general á quien una mano invisible parece proteger en medio de los mayores peligros.

El general Prim posee una fortuna de príncipe, y es tan generoso como rico. Despues del combate, viósele distribuir largamente á sus soldados con qué celebrar su victoria.

No siempre ha disfrutado sin embargo el conde de Reus de esa brillante posicion; y las disensiones intestinas de su pais, y aun las desgracias de que él mismo ha sido víctima, deben hacerle apreciar hoy mucho mas sus triunfos sobre los enemigos de la España.

Coronel á la edad de 26 años, habiendo adquirido ya alta fama de bravura en la guerra contra D. Carlos, abrazó con su natural ardimiento la causa de la libertad, simbolizada en el trono de la Reina Isabel, sosteniendo tambien sus opiniones en las Córtes, como diputado por Cataluña. Fi-

(Concluye en la pág. 70.)

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Refirióse en otro tiempo que á la primera representacion de *Gustavo III* de Scribe y Auber, en el gran teatro de la Ópera, en 1833, permanecia oculta en una platea, caído el velo de su sombrero, una mujer de unos sesenta años, hermosa aun, acompañada de otra persona á cuyo nombre habia sido obtenido el palco para esta solemnidad. La señora anciana siguió el desenvolvimiento del drama con calenturienta atencion, y cuando llegó el quinto acto, la grande escena del baile, en la cual los conjurados envuelven al rey que cae herido de un pistoletazo en medio del pecho, esta señora dió un grito felizmente ahogado en el ruido de la orquesta, y cayó desmayada en el fondo del palco...

Era la condesa Ankastroëm, la propia mujer de uno de los asesinos de Gustavo III, la misma condesa que M. Scribe habia puesto en escena revelando la ternura del monarca que pagaba con su vida el rencor de un marido evidentemente feroz, y que mezclaba muy á propósito los furiosos de un celo particular á las venganzas políticas de su partido!

El rey Gustavo cayó bañado en su sangre en los brazos de uno de sus pages, que llegó despues á ser general y embajador, — el mismo conde de Lowenhielm, á quien hemos conocido como representante de la Suecia en Paris, desde 1818, y que murió hace pocos años en su puesto, vuelto un poco original con su avanzada edad, y muy temible, por sus escentricidades, á las mujeres que se hallaban sentadas al lado de él en las comidas diplomáticas...

Júzguese de las estrañas y vivas impresiones que debió resentir entonces esta anciana, al ver figurar su persona misma en la escena y tomar parte en la accion á la vez galante y dramática de una historia que el interés escénico habia procurado seguir con la mayor exactitud posible! Qué situacion tan estraña y palpitante! Qué noche tan extraordinaria en la vida de esta desdichada mujer era este espectáculo de un pasado amoroso y ensangrentado, desenvolviéndose en medio de la ópera á grande orquesta, á su vista, á sus oídos, á su corazon!

La condesa Ankastroëm murió tres años despues en una pequeña casa de campo de las cercanías de Paris, legando á M. Auber una magnífica tabaquera de oro, sobre la cual se hallaba el retrato, rodeado de brillantes, de su régio amante. Una carta, contenida en la preciosa caja, señalaba bajo la impresion de qué recuerdo era ofrecida al ilustre maestro.

Una cosa análoga, si bien menos viva, ha pasado recientemente en Bruselas, en el teatro de las Galerías Saint-Hubert. Dábase la primera representacion de *Jorge Brummell*, comedia en tres actos de los señores Alfonso Royer y Carlos Narrey.

La víspera de la primera representacion, preséntase un Inglés en la direccion del teatro de las Galerías Saint-Hubert. Es un descendiente de Jorge Brummell; quiere oponerse á la produccion en la escena de su célebre pariente. Se discute, él protesta hasta lo último, y sale furioso. Al dia siguiente, la pieza es anunciada en los carteles; llega la noche... un hombre, solitario y triste, se halla escondido en una platea: es el coronel X<sup>mo</sup>, el descendiente del héroe en el cual va á encarnarse Brindeau!

La pieza se desarrolla, tiene buena acogida... en el tercer acto, aplausos que parten del fondo de la platea, se unen á los del público entero: es el coronel, cuya cólera se halla vencida por el interés de la obra y la exactitud del carácter presentado! Cae el telon despues de aplausos muy legítimos y muy estrepitosos, el descendiente del amigo del Regen-

te pasa al escenario, abraza á Brindeau, abraza sobre todo á las señoras fulana y zutana que habian representado en la pieza; abraza aun hasta el empresario... y enseña á todos un retrato de Jorge Brummell, el único que existe, y que es propiedad suya. El dia siguiente, convidaba á todos á cenar, y asegúrase que si, como es muy probable, *Jorge Brummell* es muy pronto representado en Paris, el coronel se hallará en las plateas la noche de la primera representacion.

~~~~~ Recibimos, hace algunas semanas, una carta á la vez picante y llena de razon, de la cual creamos útil copiar algunos extractos:

«... Un periódico de Paris se ocupaba, hace algun tiempo, del problema de la existencia de una multitud de Parisienses que, con rentas estremadamente medianas, viven, en apariencias, como millonarios.

«Este problema, ay! no se plantea solamente en Paris, sino tambien en todas las ciudades de provincia, en todas las villas y aun en todos los pueblos! En todas partes se quiere aparentar, en todas partes las apariencias son lo contrario de la realidad, en todas partes florecen las deudas, las familias se arruinan, las costumbres se depravan y las conciencias se obliteran.

«Podria yo citar una ciudad, que pasa por hallarse en el número de las mas razonables, y en la cual cincuenta señoras, llevan al monte de piedad durante el invierno, su bajilla, su lencería de cama y de mesa, con el fin de poder procurarse un traje que las permita algunos triunfos en los bailes de la prefectura. Podria citar aun gran número de pequeñas rentas que, para sus visitas del domingo, se cubren de seda, de terciopelo, de encaje, de plumas, etc., y que llevan en casa los trapos de una criada, y se hallan reducidas á vivir de sopa de tocino y de patatas.

«A dónde debe conducir todo ese desborde de vanidad? Es fácil prevenirlo... Temo el decir de qué manera...

«He oido repetir, que el lujo tenia una ventaja, la de hacer vivir al obrero, alimentando á la fábrica. Es ésta, segun me parece, una verdadera paradoja: apenas reconozco ventaja á una cosa que arrastra á la ruina á una parte de la nacion, que siembra la discordia en el mayor número de los matrimonios, y acarrea la corrupcion en las mujeres y las hijas de estos mismos obreros á los cuales se cree profesar interés.

«... Una de las plagas de nuestra época, es el gran número de periódicos de modas que, todos, impelen á un lujo desordenado. Consultadlos, y veréis que, segun ellos, una mujer no puede vestirse convenientemente sin gastar varios miles de francos por año! Ahora bien, hoy las cuestiones de tocado han invadido tanto á todas las clases, que apenas hay casa de tres ó cuatro mil francos de renta, y aun de menos, en la cual no se reciba, directa ó indirectamente, un periódico de modas. Ya dejo suponer los deseos y la codicia que de allí resultan. Es muchas veces un verdadero suplicio de Tántalo; pero, al mismo tiempo, es un espantajo tan grande para los solteros, que el número de los célibes crece cada dia en proporciones verdaderamente terribles para las jóvenes que tienen poca fortuna. No ha probado el último empadronamiento que la poblacion cesaba de crecer, y que se deseaba tener menos hijos, haciéndose mas pesadas las cargas de la familia?

«Segun el modo como se hallan escritos los periódicos de modas actuales, no convienen realmente mas que á las señoras ricas ó á las mujeres del medio-mundo; para todas las otras, son escitantes perniciosos que no producen sino desórdenes.

«Me causa sorpresa que en vista de una rica mina que se debe explotar, no se produzca un periódico de modas destinado á las fortunas modestas. Semejante publicacion, combatien-

do las exageraciones, recomendando trajes sencillos pero de buen gusto, probando que la distincion no depende de una multitud de composturas y adornos pagados á peso de oro y renovados á cada instante, demostrando finalmente que con un gasto proporcionado á una fortuna que no es grande, se puede presentar una persona decentemente y atraerse la estimacion general; una publicacion semejante, repito, obtendria, en poco tiempo, un brillante éxito, sobre todo, si se hallara acompañada de grabados honestos y moderados, y si su redaccion no se mostrase, bajo el punto de vista de la moral, de la instruccion y de algunas artes de recreo, inferior á ninguna otra.

«Abandono este pensamiento al *Mundo ilustrado*, que ha sabido tomar ya mas de una iniciativa excelente. Tal vez tambien querrá insertar mi carta para edificacion de numerosos suscritores que, no lo dudo, agradecerán todos al periódico la cooperacion que prestará á una grande obra reformadora. Existen en todas partes asociaciones de beneficencia; no se podria crear una cuyos miembros predicasen una sencillez de buen gusto, proponiéndose así la salvaguardia de la reputacion y del bienestar de las familias? Seria esta seguramente una de las mas útiles sociedades de beneficencia, ó mas bien de templanza de que pudiera dotarse á nuestro pais!

» Aceptad, etc.

» DE R^{mo}.

~~~~~ El sábado pasado, se me presentó la tarjeta de un caballero que deseaba hablarme. Leo:

CONDE OTTAVIO MANFREDONIO.

Sorprendido, salgo á recibir al personaje. La conversacion que tuve con él, en presencia de dos testigos, que la casualidad habia hecho que se hallaran allí, puede reasumirse en los hechos siguientes,—que para seguridad hemos sometido al exámen de estos amigos antes de entregarlos á la imprenta.

Despues de las frases de urbanidad:

«— Caballero, conoce Vd. al Sr. Emilio Ferrero?

«— Algo, caballero.

«— Es amigo de Vd.?

«— Es una relacion de sociedad...

«— Le seria penoso á Vd. oír proferir acerca de él algunas verdades bastante duras?

«— Eso depende, caballero, de la intencion que tenga Vd...

«— El deseo de no causarle á Vd. ningun desagrado, caballero!

«— En este caso, tenga Vd. la bondad de explicarse, y sobre todo de decirme porqué le parece á Vd. necesario...

«— Oh! comprenderá Vd. al oír las primeras palabras, caballero!

«— Le escucho á Vd... pero estos dos caballeros, que son amigos míos...

«— Me harán el mayor favor en asistir á estas esplicaciones...

«— Que no las pido yo, señor conde?

«— No... pero que tengo necesidad de ofreceros. Hé aquí de lo que se trata: El Sr. Emilio Ferrero, á quien no conocí, hace cuatro años, sino como un pretendiente mal acogido á la mano de la signorina Alberta Cipriani, despues condesa Manfredonio, mi señora, el Sr. Ferrero, repito, no se ha consolado nunca del desdén de que ha sido objeto al verse desechado. Cuando mas adelante enojosos errores me han alejado momentáneamente de la condesa que vino á buscar á Paris útiles distracciones, el Sr. Ferrero ha procurado ganar su amistad, y querido representar,—entre la Sra. de Manfredonio é yo,—un papel de conciliador que no cumplia ni á su carácter, ni á su rango, ni á su edad, ni á nuestra eleccion! Exasperado al verse desdeñosamente rechazado sobre este punto, procuró tomar públicamente la actitud que le denegaba la intimidad. Ha escrito á los diarios franceses y belgas algunas cartas, una ó dos de las cuales



han encontrado cabida en el *Mundo ilustrado*. Pero debo apresurarme á confesarlo, caballero, para que mi paso no conserve ninguna apariencia de reproche, la publicacion en este último periódico me ha parecido hecha con tanta circunspeccion como buen gusto; así que no me ha zaherido en nada, si bien el conjunto de los hechos revelados debiese excitar vivamente la curiosidad pública á costa mía!

» Pues como iba diciendo, en esa última carta particularmente, el S. Emilio Ferrero, al ponerme personalmente en escena tratándose de hechos que no le competía poner en conocimiento del público, y que no tiene él derecho de calificar, me ha ofendido de manera que la resignacion, el silencio, me son intolerables. Ignoro si ha empleado literalmente las espresiones de las cuales se ha servido mi señora en la carta escrita al anciano duque de P\*\*\*, nuestro amigo de familia (hállase unido, como nosotros, á los Rezzonico!) Pero, sea de esto lo que fuere, quiero castigar al S. Ferrero por sus impertinencias! Mañana por la mañana irán dos testigos á pedirle una satisfaccion, á la cual tengo derecho. He deseado que usted y sus amigos se hallasen informados de esto, caballero, porque sé que algunos de ustedes estaban convidados al sarao de inauguracion del hotel de la señora de Manfredonio en Paris. Si el resultado del próximo duelo no impone el luto á la condesa... esté usted seguro del placer que inmediatamente experimentaremos al recibir á nuestros futuros amigos, recobrando las condesas de Beaum... y de Na... (siempre adictas á mi señora, pues se hallan ampliamente informadas sobre los hechos de apariencia tan estraña que han motivado su repentina partida), amistosamente al lado de ella su benévolo papel de *chaperonnes mundanas*. Me importaba, caballero, ofrecer á usted estas rápidas explicaciones antes del encuentro de mañana... el cual debe de ser muy serio... Si soy muerto, me atrevo á esperar que le dejaré á usted un recuerdo que borraré las ridículas prevenciones que ese Ferrero ha propalado, por venganza, cerca de mí! »

Al concluir esto, y despues del cambio de las fórmulas de estilo, retiróse el conde de Manfredonio, dejándonos á los tres una impresion muy simpática por su buen talante, su perfecta urbanidad y su noble franqueza.

Al dia siguiente nos hallábamos todos, como es fácil adivinar, deseosos de saber el desenlace del asunto comprometido. Enviámos á pedir informes, y supimos por la noche que, á instancias del S. Ferrero, adversarios y testigos habian partido para la Suiza. Hemos tenido que esperar tres dias para saber al fin el resultado de este grave encuentro. Los testigos del S. Ferrero eran dos Italianos: los señores d'Artaria y San-Federicci. El Sr. de Manfredonio, ayudado por el anciano duque de P\*\*\*, habia podido elegir los suyos en Paris; de manera que las circunstancias del duelo se propagasen mas particularmente en una sociedad en la cual desea el conde, segun parece, fijarse definitivamente. Estos testigos son dos hombres muy conocidos: uno de ellos es uno de los miembros mas influyentes del Jockey-Club; el otro ha figurado con gran ventaja moral en un reciente proceso rentístico, y al añadir que ha tenido él mismo, hace cuatro años, un duelo ruidoso, le habremos designado mas que suficientemente... sin dejar de permanecer por esto en la reserva nominal.

Debian batirse con pistola. Una primera bala fué cambiada sin resultado. Habiendo sido suministradas otras armas al momento, la bala del S. Ferrero rompió la cadena del reloj que el conde, por una indiferencia caballeresca pero absurda, habia dejado como blanco, de perfil sobre su chaleco. No teniendo ya balas, echaron mano á las espadas. Eran éstas verdaderas espadas de combate, tomadas de la monoplía de un joven *maitre des re-*

*quêtes* del consejo de Estado. Una de estas espadas, que ha pasado por muchas manos, lleva en la parte de la hoja mas cercana á la guarnicion cinco muescas ó entalladuras hechas con lima, en forma de cruz... La suerte designó esta espada al conde Manfredonio.

Hizo terrible uso de ella! al segundo ataque, aquel cuyo nombre parecia una predestinacion de un buen uso del fierro, el S. Ferrero en una palabra, recibió, por un fingimiento de estocada muy elevada en los hijares, un puntazo bajo la tetilla derecha... Su mano soltó al momento el arma impotente al reparo. Los testigos se precipitaron hácia él y le retuvieron en sus brazos en medio del repentino aturdimiento que le causaba un derrame interior muy peligroso. Ejercida así la fatal venganza, el conde se mostró el mas solícito de todos al lado del vencido, y el médico que él habia traído (el doctor C. Sanoix), habiendo reconocido rápidamente el peligro de la situacion, operó la succion para intentar un indispensable desvío al curso de la sangre. M. Sanoix no disimuló su inquietud; con gran trabajo pudo transportarse, sin nuevo peligro, al herido hasta la casa de un jardinero vecino. La noche impidió decidir nada, si bien la hemorragia exterior se habia detenido felizmente, no pudiendo pronunciarse el médico hasta el dia siguiente á las doce: el herido se halla ya fuera de peligro de muerte, si no se declara ninguna complicacion, por otra parte menos probable en la estacion del frio que durante el verano. Sin embargo, hállase condenado desde hoy á muchos meses de esmerados cuidados, y despues á convalecencia. Una tia del Sr. Ferrero, que reside en Milan, ha ido á verle y encargóse desde el miércoles de la direccion de la asistencia que debe dársele. El Sr. de Manfredonio ha ofrecido al joven doctor Sanoix los honorarios de cirujano en jefe en campaña porque permanezca al lado del herido. La asistencia no le faltará pues. Exceptó el Sr. d'Artaria, íntimo amigo del Sr. Ferrero, todos se hallaban de vuelta en Paris el miércoles último, y se asegura, — nosotros no garantizamos nada sin embargo todavía, — que la condesa Manfredonia dará próximamente su gran baile, si, como es de esperar, el adversario de su marido no sucumbe á consecuencia de su grave herida.

Tendremos que hablar pues por fin de este famoso baile, cuya espera habia conmovido tanto á una gran porcion de la sociedad parisiense en el mes de enero, y cuyo repentino y estraño aplazamiento la habia dado tanto que pensar y engañado! El conde, al ver el eco que han tenido sus aventuras conyugales, ha tomado un partido muy leal y muy neto: el de aceptar los hechos consumados, — y comenzar desde aquí una nueva existencia al lado de la muger por tantos títulos notable, de la cual no debe separarse ya.

P. S. — En el momento en que leíamos las pruebas de este artículo, recibimos una nueva visita del conde de Manfredonio, acompañado de uno de sus testigos. Nos confirma lo que hemos escrito, y nos comunica un despacho telegráfico con fecha en DES ETRACHES (Suiza) *juéves por la mañana, 1º de marzo: El herido va mejor, no hay nuevo accidente. Firmado: Ch. Sanoix.*

Se confirma la inauguracion del hotel Manfredonio para el jueves 15 de marzo, dia en que média la cuaresma (*la mi-carême*).

~~~~~ Suceden con frecuencia en la sala de ventas de la calle de Drouot cosas tan curiosas, que conviene que fijemos allí de vez en cuando siquiera un ojo y un oído. Así, por ejemplo, algunos dias antes de la venta de los doce cuadros de D...., habíase presentado un incidente increíble: un candelabro, que fue pagado en otro tiempo por 6 francos, se ha revendido en 17,300 francos. Hé aquí de qué manera:

Habia llegado, procedente del Mans, la patria de Germain Pilon, tan afamada por sus

gallinas, una coleccion de curiosidades, para ofrecerla á los aficionados parisienses. Figuraba en esta coleccion un candelabro de bronce, estilo byzantino, ejecutado en Inglaterra á principios del siglo doce, y que habia pertenecido durante mucho tiempo á la abadía de Glócester. Decir cómo este bronce habia venido al continente, y despues, al Mans..., seria querer adivinar el misterio de los viages singulares que efectuan ciertos objetos, mas agitados aun que los hombres! viajes mucho mas sorprendentes que las espigas fósiles halladas en las áridas fragosidades y en el interior de las rocas de las mas altas montañas. El hecho es que el último vendedor le habia adquirido en el mismo Mans, hará unos quince años, en una venta del mueblaje de un particular, del modo siguiente:

Habiendo inventariado casualmente aquella venta mortuoria, M. d'E*** descubrió este candelabro revuelto en medio de un monton de utensilios heterogéneos: palas, tenazas, cacerolas, sartenes, planchas y vetustos sables cívicos. Chocándole la vista de tan insólito objeto, M. d'E*** pregunta si no le podrá él adquirir antes de la venta pública. Rogaron, pues, al comisario de la subasta que estimase el candelabro, y él le tasó en 6 francos... El heredero cree tal vez que es poco dinero... pero desea dar gusto á M. d'E***, y ratifica sin pestañear el precio propuesto. M. d'E*** paga, se lleva el mueble y lo disfruta mucho tiempo. Pues bien, este es precisamente el candelabro que el príncipe Soltykoff acaba de pagar en 17,300 francos! Destínale á figurar en primer término en ese raro museo que el opulento personaje está organizando en su pequeño pero espléndido hotel de la calle de Saint-Arnaud.

~~~~~ Un Napolitano muy rico, príncipe como todo Napolitano que no es *lazzarone*, habia observado, en casa de un mercader de curiosidades, un soberbio *potiche* (un jarron), no de la China, sino, lo que tiene mayor mérito aun, del Japon, cuya altura era nada menos que 5 pies y 6 pulgadas, es decir, de buena talla humana, grueso y rechoncho como un mandarin. Nuestro Vesuviano habia regateado en diferentes ocasiones aquel enorme búcaro, por el cual pedían 4,000 fr., mientras que él ofrecía ya 3,000. — Ah! decia el extranjero al vendedor, si usted tuviera la pareja, entonces seria otra cosa... — Ya lo creo, *excellenza*... pero entonces el par valdria 15,000 francos! — Yo daria de buena gana 12,000! — repetia el hijo de los Abruzzos.

Hará unos ocho dias, la nostalgia y el rey llaman al Napolitano. Pasa éste por última vez delante del almacenista, á quien grita: 3,000 francos! — 4,000! responde el mercader alterando el eco. — Mañana marchó! — Pues mi jarro se quedará!

Algunas horas despues, y cuando el duque presidia á la preparacion de sus baules, un mozo del hotel le dijo: Monseñor habria querido de buena gana encontrar la pareja del gran vaso japonés? — Oh! sí! — Pues bien... existe en el arrabal de Saint-Germain!... — Como! es posible? — Es positivo! — Beppo, mi carruaje, al momento!

El jarron era, en efecto, igual al otro, y aun le pareció mas hermoso, sin duda por estar mas á la vista. — De dónde le ha tenido usted? — Habia un par.... la venta de la duquesa de Montebello... el otro me le disputaron... — Sí, lo sé! El precio? — 4,000 francos! — Bueno! dijo para sí el Italiano, éste ignora que la pareja está allá... Así tendré el par de jarrones por 8,000 francos... cuando vale 15,000!...

Compra, paga, se lleva consigo el vaso, y dirígese presuroso á casa del otro mercader, el cual habia salido. El Italiano busca el vaso... se informa... y resulta que acababan de llevarsele: el príncipe le tiene en su coche; es el mismo que ha comprado en el arrabal de Saint-Germain!

JULES LECONTE.





Vista Panorámica del teatro de la guerra en Marruecos.





GUERRA DE MARRUECOS. — Combate del 4 de febrero. — El general Prim penetrando en el campamento de los Moros por una tronera de batería, según un croquis enviado por nuestro corresponsal el Sr. Yriarte.



guro en primera línea en la coalición que derrocó la Rejencia de Espartero en 1843, poniéndose al frente del levantamiento de Reus, su ciudad natal, y proclamando el primero la mayoría de la Reina, para evitar las peligrosas eventualidades de una nueva Rejencia. El general Prim fué nombrado entonces conde de Reus y Gobernador de Madrid.

Después de desempeñar la Capitanía General de Puerto-Rico, donde ha dejado los mas gratos recuerdos por su autoridad paternal y la grande popularidad que en todas partes le grangea siempre la noble franqueza y bondad de su carácter, tipo de caballerosidad y de la verdadera hidalguía española, pasó en 1853 á la Turquía, donde la presencia del valeroso conde de Reus dejó prendados al Emperador, á Omer Bajá y á cuantos le trataron en el cuartel general turco, que le vió distinguirse de un modo brillante.

Una última particularidad nos persuade de cuán popular es el nombre de Prim en España. Él fué el único progresista reelecto en 1857. Ya se deja ver, por la admirable conducta del general, desde el principio de la guerra, que los Españoles no podían depositar su confianza y la salvaguardia de su dignidad militar, en manos mas dignas que en las del ilustre conde de Reus. Hombre político, no menos distinguido que como general, es hoy uno de los mas eminentes oradores del Senado, y la prensa española le anuncia ya como el sucesor de Espartero, á la cabeza de su partido.

En París, el general Prim ha sido siempre acogido con gran favor por el Emperador Napoleón III.

MÁXIMO VAUVEET.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Tetuan, 19 de febrero de 1860.

Señor director,

Desde la carta en que anunciaba á usted la toma del campamento enemigo y la rendición de Tetuan, el ejército se halla descansando y recobra fuerzas para proseguir su marcha, si las condiciones impuestas por la España no son aceptadas. El ge-

neral Rios, nombrado gobernador de Tetuan, se ocupa en cambiar el aspecto de la ciudad. Las calles se hallaban sucias, las plazas obstruidas, el barrio de los Judíos presentaba el espectáculo mas lastimoso; hoy, estas vías están transitables, y se ha recomendado la mayor limpieza á los habitantes.

Las mezquitas se hallan abiertas al culto, y el muezzin, desde la parte superior de los minaretes, llama á los creyentes á la oración; las tiendas comienzan á abrirse una á una, los cafés moros se llenan de jente, y esta población no es ya la ciudad melancólica cuya soledad y silencio me habian causado una impresion tan triste.

El génio de la civilización ha marcado con su enérgica huella esta tierra, que se hallaba quizás destinada aun por mucho tiempo á la ignorancia y al fatalismo mahometano. Los dos últimos productos, el supremo esfuerzo del espíritu humano, esto es, el telégrafo y el ferro-carril, han sido establecidos al día siguiente de la conquista. La religión tiene tambien aquí su templo; y sin embargo, no se intentará arrancar á los Moros de sus creencias. Poco á poco, al contacto permanente de los hombres, á la mezcla de las ideas, al trueque de las impresiones, se pedirá solamente el resultado de la propaganda religiosa. La prudencia ha sido tal, que los misioneros no han podido obtener permiso para abrir una escuela; esto ha parecido prematuro. El día en que las relaciones sociales de pueblo á pueblo hagan sentir á los padres de familia la necesidad de preparar á la generación que crece para un comercio mas inmediato, estas escuelas serán pedidas por aquellos mismos á quienes hoy asustarían.

Vivo aquí mucho en el Forum como los Romanos. Allí es donde puedo ver al indígena en todas sus maneras, sus costumbres, su modo de ser. Los cafés moros son tambien preciosos para el observador; desgraciadamente no encuentro lo que busco, al Marroquí feroz que abdica y reconoce á su vencedor. Preciso es decirlo, este pueblo protesta, permanece grande en su caída; la ciudad santa ha sido violada por los incrédulos, retírase á la montaña con su espingarda y su guma, arrastra á su hijo por la mano, y, desde la

cumbre mas elevada, le muestra la bandera española y le dice: «Reconocerás esos colores para maldecirlos.»

En vano divide el soldado español, olvidadizo en la paz cuánto ha sido sublime en la guerra, su pan con su enemigo del día anterior; en vano dan á este pueblo los gefes, los generales, pruebas de generosidad y de respeto á su nacionalidad y á sus intereses materiales; el Moro permanece frio. Apoyado contra la pared, calentándose al sol, mira pasar, sin emocion y sin curiosidad, á los que tienen sus destinos en sus manos.

No obstante, han sido sobrecojidas de estupor las altas esferas del imperio; el Emperador ha pedido la paz, y Muley-Abbas ha enviado embajadores. El general O'Donnell ha estado noble y digno; ha demostrado á los enviados que se les habia estraviado con no sé qué promesas falaces, ha hablado como el mandatario de una nación, é invocado un poder superior al suyo, del cual dependen la paz ó la guerra. Cuando el general, previendo la hipótesis de la denegación de someterse á las condiciones dictadas, anunció en términos enérgicos su resolución de plantar el pabellon español hasta en los minaretes de Fez y de Mequinez, el embajador no ha podido retener sus lágrimas, y todo el imperio se ha humillado en la persona de su representante.

Ayer han venido nuevos embajadores á pedir las condiciones que el general Ustáriz habia ido á buscar á Madrid. La audiencia ha sido larga, las condiciones se guardan en secreto y se ha exigido la respuesta para el jueves próximo.

Toda la caravana, compuesta de quince personas, cuatro enviados y once sirvientes, ha descansado por la noche en la ciudad. El gobernador ha convidado á estos personajes á una tertulia dada en su honor. He tenido la fortuna de asistir á este sarao que tenia cierto carácter de intimidad, y es una de las cosas mas interesantes que he visto en mi viaje.

Podeis concebir esto? luchar tres meses contra un enemigo invisible que se oculta detrás de las rocas, detrás de las malezas, que no se deja ver, pero que sin embargo diezma vuestros batallones; mas adelante, entrar en su campamento, en su

## VELADAS EN CASA DE LA MARQUESA

### TRES AVENTURAS.

..... Monseñor Frayssinous no se hizo rogar. Este era un narrador correcto y lleno de gracia, que tenia gran gusto en hallarse siempre en el ejercicio de la palabra. Tomó, pues, posesion del gran sillón que servia de tribuna, y comenzó así:

« Cuando llegué á París en 1780, tenía yo quince años, y por lo tanto no pensaba mucho en mi obispado de Hermópolis, ni en mi cartera de los cultos. Mi vocación existía, pero frívola y sujeta á eventualidades; no debo ocultar que yo la imponía constantemente las rudas pruebas de París, y tan jóven como era me decia á mí mismo:

« Si mi vocación resiste á París, no tengo ya nada que temer. »

Yo tenía dos cartas de recomendación en mi cartera, es decir, tres, contando con una letra de cambio de treinta luises. Las otras dos estaban dirigidas, la primera á la señora princesa de Lambesc, duquesa de Elbeuf, la segunda al santo prelado Cristóbal de Beaumont, arzobispo de París. La princesa, — estas señoras son demasiado jóvenes para que puedan acordarse, mas algunos de ustedes, señores, la han conocido, — era entonces una mujer de treinta á cuarenta años, muy hermosa, muy buena y adorablemente dulce. Bastaba verla para adivinar en ella una existencia tranquila, piadosa y sin borrascas. Yo la adoraba desde el primer instante que la ví, y estaba

cierto de su protección antes que me lo hubiese ella asegurado con sus benévolas palabras.

No fué lo mismo el respetable arzobispo de París. Este era un anciano de sesenta y seis años, gastado por una vida laboriosa y agitada. Yo era demasiado jóven para comprender que un príncipe de la Iglesia recibe veinte cartas de recomendación de esta clase todos los días, y que él no puede ponerse á la cabeza de todos los jovenzuelos que le llegan de provincia. Encontré, pues, su acogida fria; yo estuve poco amable, él era de la Dordoña, y yo del Aveyron; ambos del Mediodía, ambos de la Guyenne, él me debía, á mi modo de pensar, las consideraciones del paisanaje! Pero ciertamente que yo no habria vuelto jamás al arzobispado, si la princesa no hubiera sido una de las mejores amigas del excelente prelado. La princesa se tomó el trabajo de solicitar por mí, y quince días no habian aun transcurrido cuando me instalé en una habitación inmediata á la de S. I., encargado de poner en limpio los manuscritos de sus cuatro volúmenes de *Instrucciones pastorales*, de las cuales iba á hacerse una segunda edición.

No tengo necesidad de recordar aquí la delicada generosidad é inagotable caridad del santo arzobispo. Él es uno de aquellos para quienes el mundo no ha sido injusto. La palabra y los libros han celebrado dignamente sus virtudes; mas es muy cierto que era brusco conmigo, muy brusco, y que me demostraba una frialdad que se asemejaba mucho á la repugnancia. La princesa, á quien yo daba mis quejas, me exhortaba á la paciencia; yo era paciente por respeto á esta señora, mas un día S. I. me acusó de invidia porque yo habia

corregido la antigua ortografía de su manuscrito, empleando el nuevo método que se atribuye á Voltaire, y mi sangre, mitad perigordina y mitad gascona, se me subió á la cabeza y rompí mi pluma sobre la página comenzada.

En vez de despedirme, S. I. se retiró. Yo tomé mi sombrero y escapé por la otra puerta, resuelto á correr un poco el mundo y á alejarme para siempre de la jente de iglesia. Mi mayor enemigo era el pecado del orgullo; mas yo tenia otros tambien, entre los cuales es preciso colocar el demonio de la curiosidad.

Yo no habia visto bien á París, y mis dos pecados sobresalientes me gritaban á la vez: « Tú no has llenado el objeto de tu viaje! No has hecho la prueba completa! París no está concretado á los límites del escritorio de monseñor! París no es ese retrete tranquilo donde te recibe la bella y bondadosa princesa de Lambesc! » Aquella noche gritaban ellos mas alto que de costumbre y yo los oía zumbiar en el oído de mi conciencia: « Se puede alcanzar la salvación eterna en todos los estados. Para entrar en una familia, es preciso amarla, y tú debes hallarte ya convencido de que no estás llamado á asociarte con los sacerdotes.

« Ellos te han maltratado desde el primer día, y ese que, entre otros, pasa por el mejor y por el mas santo, no te ha mostrado sino desden y dureza... »

Serian las cinco de la tarde cuando salí del arzobispado, y habia seguido la orilla del Sena sin saber adónde iba, absorto en la preocupacion de mis reflexiones. Yo llevaba como todos los que, sin tener órdenes, estaban en el palacio de S. I.,



ciudad abandonada, sin encontrar un habitante; y una noche, en la hora en que en París se deja la chimenea para ir á tomar una taza de té y hablar de teatro al rededor de una mesa, hallarse frente al general que manda la caballería de Muley-Abbas, con el lugar-teniente del Emperador, con el gobernador del Riff, el sub-gobernador de Fez y el rico Ersini. Es casi un sueño. Cuánto los he mirado!... hasta la indiscreción.

He hecho un dibujo de esta tertulia que recibirá usted en mi próxima carta, con los retratos de Muley Abbas, de su lugar-teniente, del gobernador del Riff y del general de la caballería.

C. YRIARTE.

#### VISTA PANORÁMICA DE MARRUECOS.

Marruecos, este imperio de ocho millones de habitantes que el emperador Abder-Rhaman había tenido cerrado á todos los Europeos, será pronto, por el hecho de la guerra civilizadora emprendida por Isabel II, abierto á todas las investigaciones.

Los viajeros no podían recorrer este país montañoso sin ir acompañados de una escolta que, con frecuencia, lejos de garantizar su seguridad, era la primera á comprometerla. Así, pues, Marruecos no es hoy mas conocido que lo era de los Portugueses en los siglos 13, 14 y 15.

Todo lo que se sabe, es que sus campos presentan vastos espacios incultos sobre los cuales la incuria de los indígenas atrae, si no la esterilidad, por que el país es muy fértil, al menos la pérdida de los productos del suelo. La raza negra en la antigua Mauritania-Tingitana es la raza preponderante. La guardia imperial es negra, el harem encierra un número considerable de negras, y el emperador, sus hermanos y sus hijos son mulatos.

La raza dominante es la de los Berberiscos, y la de los Judios consta de unas cuarenta y cinco mil almas. En Marruecos se halla toda clase de climas, desde la temperatura de Sahara, hasta la de las regiones glaciales, en la cima del Miltzin, la mas elevada del Atlas.

Desde el siglo diez y seis, poseían los Españoles en la costa, las ciudades de Ceuta, Peñon de Vélez, Alhucemas y Melilla, mas sus excursiones fuera de los muros de estas plazas, eran muy raras,

porque jamás se pudo adquirir una buena carta del imperio.

Antes de la guerra actual, el guarismo de la población cristiana era insignificante, y estaba concentrado particularmente en los puertos de mar. Tánger contenía cuatrocientos cristianos; y Rabat, Safi, Mogador, Mazagran y Dar-Beida, juntos, apenas contaban doscientos. La colonia europea en Tetuan se componía de dos Franceses, un Inglés, un Español y un Americano; pero cuando se la dé impulso, la emigración europea irá á dar vida á esos campos y á esas ciudades muertas.

El camino de Ceuta á Tetuan se halla hoy abierto, y mañana tal vez, quedará establecido el de esta última ciudad á la de Tánger, y decimos establecido, por que eso que serpentea al través de la sierra de Bullones no es mas que una mala senda orillada y salpicada, en casi todas sus direcciones por rocas que la hacen impracticable, como lo hemos indicado en el plano panorámico de la costa septentrional de Marruecos.

Los Españoles han introducido ya los telégrafos eléctricos en esta tierra inhospitalaria, y esperamos que estendiéndose sus conquistas, se establecerán medios de comunicaciones fáciles, se explotarán aquellas encinas verdes y aquellos alcornoques que cubren los flancos del Atlas, se extirparán sus palmeras enanas, refrescando los terrenos estériles, y explotando, beneficiando sus minas que son improductivas en manos de los indígenas, y finalmente, entregando á la agricultura y á la industria un país rico, situado á pocas leguas de la Europa, y limitrofe á la colonia francesa de la Argelia.

Por medio de las transacciones agrícolas é industriales, nos será dado ver tornar á la circulación esos duros extraídos ha mucho tiempo por los emperadores de Fez y sus súbditos, pues este medio es de seguro mas infalible y mas conveniente que los que emplearon los mismos Españoles contra Guatimozin.

Los hombres de Estado de la España actual lo han comprendido así; y garantizamos nuestra opinión con la forma en que el general O'Donnell acaba de recibir á los emisarios de Muley-Abbas.

MAC VERNOLL.

#### EL FERRO-CARRIL EN LA ALDEA.

Todo país al cual no se llega hoy directamente

en wagon es un pária condenado á las tinieblas exteriores.

El *Diario de los ferro-carriles* es el almanaque de Gotha de la geografía.

Ya no transitan sino raros carromatos ó coches de los castillos que fueron feudales por nuestras rutas de grandes comunicaciones, trasformadas en vastas avenidas orladas de álamos y conservadas por cantoneros ó peones camineros meditados, quienes, segun la espresion de la Escritura, rompen sus piedras en presencia del Señor! *Conterentes petras coram Domino*. Las rutas departamentales se trasforman insensiblemente en verde césped, y las carreteras vecinales marcan en profundas rodadas la línea futura de los carriles, ó *rails*. Todo va adquiriendo la forma del ferro-carril y de los telégrafos eléctricos. Hay mesas sobre las cuales viajan los platos guarnecidos de manjares sobre dos barretas de hierro, y las espinacas se comen en el segundo convoy. M. Figuiet hablaba últimamente en la *Presse* de una invención que promete á los viajeros pedestres todos los apéndices de la locomotora. en términos que el cerebro humano, centro determinante del movimiento, desempeñará el papel de una caldera de vapor. Tendremos zapatos con muesca ó ranura y un balancin en la mano, á guisa de bailarines en cuerda floja.

Las leyes de la mecánica regularán la espontaneidad humana. Llevarémos un bolsillo para nuestra pila de Bunsen y otro para nuestro reloj. Ya no andarémos mas, ni tampoco hablarémos, sino que iremos rodando, y cangearémos signos. De progreso en progreso, acabaremos por no pensar, por no sentir ya mas que á beneficio de ciertos aparatos mecánicos de una sensibilidad estremada y esquisita. Tendremos una aguja de cuadrante en el corazon, para indicar el grado de nuestras emociones. Los centros nerviosos, el gran simpático, se hallarán arreglados en sus movimientos como unos cronómetros perfeccionados. La imaginación será un kaleidoscopio y el génio una rueda de escape.

Estad seguros de que este tiempo ha de venir! yo lo presiento, pues al escribir esto, parece que obra mi pensamiento bajo la presión de un émbolo invisible!

Pensamos sin esfuerzos; escribimos bajo el dictado de un resorte. — Los procedimientos se hallan aun en estado indeterminado; la fantasía encuentra todavía ciertos vacíos abiertos á sus hol-

un traje semi-clerical: la sotana, la collarita y el pelo cortado en forma de cerquillo. Al llegar al muelle de los Grandes Agustinos, volví la esquina de la calle Dauphine y me detuve maquinalmente delante de la tienda de Féraud, el famoso baratillero cuya esposición de muebles llegaba hasta la calle de Nevers. Había allí un espejo en la puerta con la inscripción griega: *Conócete á ti mismo*. Yo supuse que la filosofía antigua no había proclamado esta máxima, digna de Cristo, para servir de muestra á los baratilleros; mas ella producía su efecto en la alegre juventud de aquel país fronterizo de las escuelas, y Féraud le debía una parte de su voga. Obedecí á la divisa y me miré: ya sabeis que la leyenda coloca un demonio detrás de cada espejo, y me avergoncé, por la primera vez de mi vida, de mi talante escurrecido que me pareció desgarbado hasta el ridículo, y que atribuí esclusivamente á mi traje.

Mis gastos habían sido nulos desde mi llegada á París; tenía aun los treinta luises en mi bolsillo. Mi mano se deslizó espontáneamente hacia él, al través de la estofa lijera de mi sotana, y sentí mis monedas de oro que sonaron dulcemente.

— Cáspera! me dije (ay!), sí, aquí está la prueba! Quiero ver que tal figura es la mia con un frac y una espada.

El reclutador de parroquianos, que está de pie sobre el umbral, me había apercibido, y vino á agarrarme por el brazo:

— Entrad, señor abate, me dijo, no se conoce uno ya á sí mismo, en cuanto sale de aquí, todo es nuevo, bueno y barato en nuestra casa. Arriba

está la pieza destinada al clero. Nosotros servimos á la catedral, á San-Sulpicio, á Santa-Genoveva, á San-Germain-de-los-Prados, á San-Germain-l'Auxerrois, á San-Roque, á San-Merry y á San-Gervasio...

Y me nombró aun otro número infinito de iglesias y de conventos; mas yo le detuve diciéndole secamente:

— Mi amigo, yo no soy clérigo. Teneis de venta un traje militar y una espada?

— Ah! caballero, lo necesitáis? me dijo, empujándome hacia dentro de la tienda; tenemos doce habitaciones llenas y las galerías; decid lo que deseais, y no os apureis... Señora Féraud! un lindo jóven que viene á mudar de traje!

Ya no era, pues, tiempo de retroceder. Hacia cuarenta años que la señora Féraud vestía á los estudiantes, y en dos por tres me transformó de piés á cabeza. Chupa, calzon, medias de seda, zapatos con hebillas, sombrero de galon; voto á sanes! La tizona me volvía loco. Cuánto me envenecía llevar una espada! La idea de atravesar con ella á cualquiera no me inspiraba ningun horror. Para eso, me decía á mí mismo, se han hecho las espadas! La señora Féraud me hizo girar entre sus robustas manos como una devanadera, y me dijo: «Caballero, estais gracioso y lindo á pedir de boca». El espejo por su parte me dijo otro tanto. Hice un paquete de mi ropaje clerical, y lo confié á la señora Féraud, quien no me llevó mas que trece luises por todos los bellos atavíos que saqué de su casa, y salí en seguida.

Yo hubiera querido hallar en la calle á S. I. para que viera que tal figura hacia su copista!

Ví á un mosquetero, y le seguí mas de cien pasos para aprender á marchar como él. Veía que los transeúntes me miraban, y que se decían unos á otros: Caramba! vaya un chico guapo!

Ocurrióme en seguida la idea de presentarme así en la Opera, lugar el mas apropiado para hacer yo mis pruebas, y casi me daba ya la tentación de reirme de mí mismo, pensando en la prueba de mi vocación. Esta se me aparecía en lontananza como un ensueño pueril. Por lo demás, los cuatro gruesos volúmenes de las *Instrucciones pastorales* que me faltaban por copiar, eran una especie de antemural entre la puerta de la iglesia y yo.

Fuí á comer á la fonda del *Veau qui tête* (el Becerro que mama), en la plaza del Châtelet, é hice rodar medio luis, saliendo de este establecimiento mas contento que sale un chico de la escuela. La prueba se había puesto en práctica en provecho del *Veau qui tête*.

El teatro de la Opera estaba entonces aun próximo al Palacio-Real, en la calle de Valois, esquina al patio de las Fuentes, porque no se quemó hasta el año siguiente de 1781. Subía yo por la calle de Saint-Honoré, con la mano en la cadera y la cerviz erguida, cuando se dirigió á mí una voz gruesa, diciendo:

— Ese lindo jóven va sin duda siguiendo la pista á los placeres... Aproposito, caballero, yo gusto mucho de la juventud, y me presto de muy buena voluntad á servir de piloto á los que no saben navegar en este golfo de delicias que se apellida la hermosa ciudad de París.

Hay dias en que todo nossale á medida de nues-





Apertura de la Legislatura de 1860 hecha por S. M. el Emperador Napoleón III, el 1º de marzo, en la Sala de los Estados del nuevo Louvre.





guetas, Paciencia! Ya vamos tocando á la época de la hilandería y de los tejidos literarios.

Daros prisa, vosotros, originales de toda especie, de todo color, de toda forma; apresuraos, si, á poner fin á vuestra obra y á representar vuestra última escena. Dentro de poco, ya no se os comprenderá. Seréis como las inscripciones babilónicas, cuya pérdida clave no es posible volver á hallar. Ya no tenemos mas que individualidades armadas, lanza en ristre!

Los poetas se hallan escasos de estrofas para cantar los milagros del engranaje, ó de las ruedas dentadas, la fuerza expansiva é impulsiva del vapor, lo pintoresco de los wagones alineados y la profunda noche de un túnel. Decididamente, desviándonos la columna vertebral, las diligencias eran mas favorables á los dulces ensueños, los coches eran verdaderas novelas ó zarzuelas conducidas por caballos. Nosotros quisiéramos remontan, por efecto de una reaccion tan violenta como rápido ha sido el progreso, hasta la mula de Erasmo, que escandía, mientras que iba caminando, los periodos de Ciceron.

Yo no quisiera maldecir á los wagones: encuéntrase uno allí cómodo para leer su periódico y para llegar pronto; no se aburre uno sino diez leguas por hora; pero no halla allí amigos, y no habla jamás si no es para disputarse un rincón, ó para detallar los graves inconvenientes de las corrientes de aire. Qué casamiento ha salido de un viaje en ferro-carril, cuando es sabido cuántos enlaces dichosos tomaron su origen en un cupé de Lafitte y Gaillard?

Bien pronto no se hallará ya, en toda la superficie de la Francia, ni un rincón solitario en que la locomotora no haga oír su estornudo formidable, y no enturbie, en las espirales de su negro humo, los lineamientos del paisaje. Hasta la misma Suiza ha cortado en profundas zanjias sus eternas decoraciones; el *ranz* (1) de las vacas resuena al lado del silbato agudo que pone en fuga á los viejos faunos de aquellas selvas de abetos.

El Staubbach servirá pronto para dar movimiento á la grande rueda de una fábrica que arrojará á millares los cubiertos de ensalada y los diablejos de porta-cigarros! La naturaleza va á parecerse á las mujeres; se hallará toda ella rodeada por círculos ó aros de hierro, armada de ballenas, comprimida y reamasada por los pro-

(1) Especie de aria que los boyeros de la Suiza tocan en la gaita.

cedimientos y por los aparatos de una orthopedia violenta!

Hasta aquí, mi lugar (le doy este nombre, porque me hallo lejos de él, de lo contrario, le llamaría mi villa ó mi ciudad natal, á fin de no ofender al consejo municipal) habia dormido muy tranquilo al pié de su ribazo, sobre su blando tapiz de praderas tres veces cortadas, y regadas en horas fijas por las aguas de un arroyuelo que no se seca jamás. Si no era él extraño al movimiento civilizador que por todas partes inaugura bombas de incendio, una orquesta de zapateros y una sociedad de socorros mutuos, por lo menos habia escapado á la fiebre americana de las grandes industrias y al estrépito de las palancas movidas por el vapor.

El ingenio de azúcar indígena que allí se estableció, hará unos veinte años, en medio del entusiasmo universal, huelga hace ya tanto tiempo, que no tardarán mucho los anticuarios en tomarle por una ruina de la edad-media. Tres modestos molinos constituian por sí solos la industria mecánica de mi país. Un ciudadano, fascinado aun por el alumbrado de la calle de Rívoli, quiso darnos, al volver de París, con cuatro reverberos de aceite; pero no han pegado, y, como otros tantos páfidos fanales, sólo servian durante la noche, para estraviar á los borrachos en retraso, quienes se detenan á dirigirles alocuciones. Los viejos siempre han creído que no habiendo sido el G... L... declarado capital de la Francia, era víctima de alguna sin-razón é injusticia. Véanse allí gentes que nunca habian estado en Grenoble.

Tratábanse allí las cuestiones de la época con una gravedad y un interés capaces de humillar á los espíritus frívolos de los Parisienses de estos tiempos. El círculo literario, abundantemente provisto de periódicos, ofrecia el aspecto de un cenáculo... mas la absinta. Yo he oído discutir allí, con ardimiento y con los mas punzantes epigramas, la cuestión de la preeminencia de los Griegos sobre los Latinos, el origen del gusano de seda, las conquistas de Cyro y el valor político de Guillermo el Taciturno. Las opiniones de los mas variados matices tenian allí sus oradores y aun sus víctimas. El alcanfor habia hecho sus fanáticos. Teniamos médicos entomologistas, cazadores de contrabando, ricos de apotegmas acunados en el troquel de la sabiduría antigua, amores puros que nunca mancillaban la castidad de los bosques, y un campanario enteramente nuevo;

tabernas, donde se beben las tinturas del sud, magistrados llenos de iniciativa, gendarmes paternales, y, de poco tiempo á esta parte, un comisario de policía, cuyas funciones se limitaban á poner en órden los carros el día de mercado. El que se atrevia á ir á París era comparado con los peregrinos de la Meca, los únicos que, en Oriente, gozan el privilegio de usar turbante verde.

Pero y qué va á ser de todo esto? pues he sabido que, despues de una lucha en que la autoridad local ha desplegado una energía sazónada con recursos literarios, dignos en verdad de un teatro mas vasto, et ramal de Bourgoín, hallándonos al paso, va por fin á dotarnos de una *gare*, ó desembarcadero! Tres años ha que no se habla de otra cosa. En presencia de este grande interés, las discordias intestinas, los odios de Capuleto á Montechio, habian hecho tregua. Habia unanimidad en dar al diablo de los choques de convoyes la compañía de Saint-Rambert que, sin que jamás se haya sabido porqué, daba la preferencia á un *través* mas largo, mas dispendioso y al *través* de una comarca menos populosa. Nuestro alcalde ha triunfado; tendremos ferro-carril! Poco ha faltado para que este grito hiciera que se desplomase el techo del café Brosse. Un concierto de copas y vasos se hizo oír desde las ocho de la mañana hasta la hora en que el tambor toca á recogerse!

Si aun viviera Juan Briant, el Nostradamus del país, de seguro que profetizaria alguna cosa que no seria por cierto del color mas halagüeño, él que veia, en un lejano porvenir, la cima del alto Mollard sumergida en sangre algunos días antes de servir de teatro al juicio final.

Los tiempos se acercan, en efecto. Una primera locomotora arrastra consigo á todo un mundo. Hémos aquí ya por Grenoble en la gran ruta de los ejércitos que ahora tienen alas como los vencedores de Sennaquerib, en la márgen del río de las ideas; los acontecimientos nos codearán, y nos veremos arrastrados por el torbellino vertiginoso del progreso. Esas vastas llanuras, encerradas hasta el Ródano por murallas improvisadas, tienen, de hoy mas, derecho á las grandes controversias históricas. Entre quiénes? Nadie lo sabe, y Juan Briant se ha llevado su secreto bajo las viboreras azules del cementerio.

Tendréis, pues, un ferro-carril, buenas gentes! Regocijaos, como los Judios se regocijaban porque Saul, buscando sus asnos perdidos, halló un

tro deseo. Miré al hombre de la voz gruesa: era éste un compadre enteramente rotundo, algo despechugado, algo cubierto de rubies hacia la region de las narices, pero hombre grande por lo demás, y que llevaba bien su bigote. Ganóme al momento la confianza, porque habia yo pasado siempre á mis propios ojos por un excelente fisio-nomista. No se engaña uno, por otra parte, al ver los rostros de esos buenos vividores. Partimos, á fe mia! para la Ópera, dándonos el brazo. Pagó galantemente dos asientos de segunda galería diciéndome: «Luego harémos las cuentas,» y entrámos bajo el vestíbulo bañado de luz, eterna admiración de las pobres moscas provincianas que vienen á quemarse á la vela. Representábase la *Armida* de Gluck. La primera persona á quien ví debajo de mi asiento, en un palco de balcon, fué la princesa de Lambesc, que se hallaba sola. Tosí en el momento mas patético de una grande aria para llamar su atención; pero no logré mi intento: la princesa era una gluckista entusiasta, y no queria á nadie cuando iba á oír las obras maestras del artista. Mi tos la importunó tal vez; pero no la hizo volver la cabeza. No podría yo ponderar el efecto que me produjo esta música á la cual he tenido tanta pasión despues. Escuchábala como en un sueño; no servia ella aquí mas que de acompañamiento á la magia que me rodeaba. Todos aquellos encantos eran nuevos para mí; tenia yo el corazón oprimido por el placer. Nadaba positivamente en una especie de ensueño, lleno de enagenaciones y deslumbramientos.

—Ea bien! jóven, me dijo mi compañero en el entreacto, llegamos de lejos, ya lo veo! No nos

hemos apercibido siquiera de que hay aquí una hermosa que pone mucho cuidado en nosotros...

Pensé desde luego en la princesa, á cuyo palco no habia yo atendido hacia algunos instantes. Hallábase siempre sola, y tenia asestados en efecto sus gemelos sobre mí. Enderecéme lo mas que pude. Habria dado la mitad de mis luises por tener el bigote de mi compañero. Por lo menos guardé buen continente, y, salvo el bigote, mi aspecto debió ser el de un malacabeza. Los gemelos de la princesa se bajaron; y ella volvió las espaldas. Tuve un momento de orgullo muy natural al pensar que la habia escandalizado.

—Oh! oh! prosiguió mi hombre, no queremos pues completar nuestra victoria?

—Cómo! exclamé de buena fe, es que hay aun otra?

—Mirad con discrecion, me dijo en voz baja, en el tercer palco á nuestro lado, esa jóven y hermosa marquesa...

Miré — con discrecion; — ví á una señora cuyas mejillas brillaban como dos paquetes de peonías encarnadas. Podia ser jóven y marquesa, pero no lo parecia. En cuanto á lo bello, es otra cosa: alumbraba como un sol. Bajó los ojos cuando mis miradas cayeron sobre ella, y me hizo una señal amable con su abanico. No tenia ya á mi disposición el espejo del ropavejero Féraud para conocerme á mi mismo, pero estoy seguro de que las amapolas salvages hubieran palidecido al lado de mi mejilla escarlata.

Eh! repuso mi compañero, qué decis á eso?

Nada decia yo en verdad. La prueba, según se ve, iba demasiado de prisa, y me cogia despre-

venido. Tenia yo quince años. Aquella hermosa roja me inspiró un sentimiento que se parecia como dos gotas de agua al terror. Al través de mis párpados bajos, ví tal vez en aquel momento, y sin rencor, el gabinete del arzobispado.

—Buena alhaja, continuó mi cicerone, es menester una aventura para establecerse en la ciudad. Me encargo de disponer, para esta noche, una pequeña cena en la taberna. No os inquieteis de nada, y pasadme solamente unos treinta luises para la nota y el ramillete.

—Treinta luises! exclamé. No quiero ni ramillete ni nota, mi digno caballero, y treinta luises forman exactamente el doble de mi fortuna.

Lanzóme una mirada ceñuda y regañó entre dientes con formidable acento provenzal que habia mitigado hasta entónces:

—Pécairé! el pelandusco me ha hecho perder la noche!

A decir verdad, no ganó, aquella noche, mas que mis diez y seis luises y medio, que hizo deslizar de mi bolsillo al suyo durante el entreacto. Habia yo bebido las tres cuartas partes de una botella de Borgoña en el *Vau-qui-tête*. Este exceso me dejaba pesada la cabeza, y cometí la falta de dormirme un instante en plena música de Gluck, y en medio de los jardines de Armida. Cuando desperté, la farsa estaba ejecutada. Acordéme y eché mano á mi bolsillo inmediatamente, viendo que habia desaparecido de mi lado mi buen compañero. La triste verdad se me representó desde luego, y me doblegué bajo el peso demi ruina. Mis treinta luises me habian durado cuatro horas: tal era la prueba que habia hecho del mundo. Es cierto que



trono y súbditos para reinar sobre ellos. Como Saul, el ferro-carril se apoderará de vuestras hijas, de vuestro caballo, de vuestro campo, sin que tengáis derecho á quejaros. Os arrebatará sobre todo vuestra originalidad primitiva, vuestra risa, vuestras canciones, vuestra negligencia y vuestra rica pobreza.

La Europa va á desfilarse á vuestros ojos, afanada, jadeante, en busca de nuevos espacios y del amor virginal de nuestras montañas. El placer, casi desconocido, de permanecer en su casa va á perder para vosotros su dulce atractivo; pues los ricos están condenados por el ferro-carril al suplicio del Judio-Errante. Los ferro-carriles, que no es mi ánimo censurar aquí de ningún modo, bajo el punto de vista económico, han entristecido los países que atraviesan. Ellos matan con una muerte irremediable el espíritu de localidad y el sano patriotismo de campanario. Teneis vuestro puesto en ese gran panorama que se desenvuelve interminable, sin que sea posible fijar un recuerdo, detener una impresión. Aquellas praderas donde soñábamos un porvenir, á donde íbamos á arrellarnos el domingo, donde pisábamos la hoja amarillenta de los álamos cuando la campana tañía la víspera de difuntos, ya no os pertenecerán, ni á vosotros ni á nadie. Día y noche oiréis rodar el tren que pasa, y la locomotora agitando sus aletas de acero. Ella es el Leviathan que lleva en sus hijares de bronce el genio del hombre impaciente de porvenir y de goces. El primer día admiraréis, y después vendrá la saciedad, — y qué triste saciedad! Ni duerme ella siquiera, pues que da los insomnios del hambre.

En los tiempos en que una simple diligencia pasaba, por la mañana y por la tarde, servía á la vez de reloj, de distracción y de medio de transporte. Reflexionaba uno largo tiempo antes de empaquetarse en ella. Todo el mundo salía á la puerta para verla pasar, desde que aparecía por la esquina del castillo, con un formidable ruido de cascabeles y de campanillas. Mientras que estacionaba, pasábase en revista á todos los viajeros, y las mozas solteras hallaban siempre un pretexto para pasar por delante del cupé, sobre todo, si iba en él algún viajero cuya cabeza aparecía cubierta por el pañuelo tradicional.

El tío Viltos reasumía en sí los chistes y la penosa melancolía de todos los conductores lanzados de su asiento por el genio de Watt. Desde Bourgoin hasta Voiron, pagaba él cada copa con un

mismo chiste, y este chiste era siempre acogido por la misma carcajada.

— El diablo es este tío Viltos! — decían.

Cuando él exclamaba: *Ah! misericordia!* lanzando desde abajo su limosina sobre su asiento y haciendo dar media vuelta á su gorra con orejas de piel de carnero, esa palabra provocaba unánimes aplausos.

Y decir que ya tocamos al fin de esos buenos tiempos antiguos! Yo bendigo al señor alcalde cuya energía nos ha colocado á la altura del siglo, pero también me dan intenciones de maldecir el vapor!

Hoy cada cual lleva en sí dos individualidades contradictorias, y cuya oposición constituye toda nuestra vida moral! Todos tenemos en el dominio de nuestra inteligencia á Ormutz que dice: « Sí », y á Ahrimau que dice: « No. » El poeta reprueba lo que el ciudadano admira. El primero ve con dolor perecer las ruinas, encadenar las fuerzas vivas de la naturaleza, borrar las asperezas del suelo, descuajar las selvas y esculpir las montañas en viaductos; pero el segundo no puede rehusar el tributo de su entusiasmo á la nueva ciudad cuyas espléndidas armonías adivina. La impresión siempre hace sombra á la idea.

Preciso es, pues, que uno olvide su lugar y que enfle sus pasos en la vía de la grande humanidad.

Es esto un bien? Quién podrá dudarlo? La dicha, es por ventura otra cosa que el cambio de nuestros deseos?

Sin embargo, siempre es humillante el llegar uno á su pueblo, después de tres años de ausencia, sin producir ningún efecto!

JOSÉ DOUCET.

#### EL CARNAVAL DE AMBÉRES.

Las fiestas belgas tienen siempre la fisonomía de los cuadros de Téniers y de las *kermesses* (fiestas) pintados por Rubens. Nada es tan fuerte ni tan sano como las locuras que, en ciertos días, estallan entre los piñones con escalera de las antiguas ciudades flamencas.

Los monstruos esculpidos en las catedrales de Brujas y de Ambéres parece que descienden á la calle para festejar la víspera de la cuaresma.

Más la gente del Norte no se divierte jamás por sólo divertirse. El Italiano se disfraza hasta la ca-

ricatura, porque la risa en él indica la plenitud de la vida. El Flamenco, al contrario, repite sin cesar el baile *Macabre* (baile infernal), esta fúnebre ironía de nuestras alegrías y de nuestras esperanzas.

Fijad los ojos sobre esta página confusa que se parece á una pesadilla de Callot. Veréis el carro de la Riqueza tirado por perros enflaquecidos, sar-nosos, horripilados, tieles á su deber cuando se arroja un hueso, prontos á agarrarse á las pantorrillas de los transeúntes, ávidos de ellas cuando están haviados de los desperdicios que caen de la mesa de su amo. Será que los millonarios belgas han conservado hasta nuestros días la fisonomía angulosa de los avaros de Rembrandt? En Francia, su oficio se hace ya imposible; escriben zarzuelas y tienen las uñas muy rosadas.

Es Soulouque ese que se vé pataleando inmediato á su carro de donde ha caído? No cabe la menor duda. Su mujer rie como una granada abierta, y él mismo parece que está aun creando un marquesado de Troubonbon.

El Vicio marcha en sentido inverso cabalgando en un caballo de cartón, á quien una vieja sempiterna, que simboliza la Voluptuosidad, le tira de la cola, en tanto que la Justicia penal, con tricornio majestuoso, le atormenta la cabeza. ¿Quién triunfará al fin? La Justicia que fija á todo hombre su último plazo.

Entre estas alegorías grotescas, figuran bajo toda suerte de disfraces, todas las pasiones, todos los deseos que atormentan en secreto á las mas grandes almas.

Este cocodrilo se ha comido mas hombres que todos los del Nilo! Este hombre que hace una trompeta de una regadera vacía, no simboliza al eterno Tántalo que pasa por delante de los toneles llenos, con la garganta seca y el bolsillo vacío!

Hoy la caridad saca su diezmo á todos los regocijos humanos.

Cuando mas olvidados estamos, entonces es cuando adquirimos en el mas alto punto el discernimiento del corazón que nos hace compadecernos de los sufrimientos de los desdichados! Es preciso que las gentes que viven en buhardilla tengan su carnaval.

Sobre un carro tirado por caballos de raza, entronízase, sin careta, la serena pareja de la Caridad. Los que acompañan á la Fortuna y tienen

me quedaba en el cuerpo un baratillo que valía á lo sumo cincuenta francos, comprendidas también mis hebillas de oro y la guarnición de plata maciza de mi espada.

Cruel espada! Ya no decía yo ¡cáspita! Pensaba seriamente arrojarle por en cima del parapeto del Puente-Nuevo.

Al descender las gradas de la Opera, con la cabeza baja y en alguna manera confundido como me hallaba bajo el aturdimiento de mi caída, oí una voz que me llamaba: Dionisio!

Tal es mi nombre de pila, y creí reconocer esta voz. Volví la cabeza lánguidamente; ví un carruaje que estacionaba en el callejón sin salida que se llamaba Cour-Ourry, en cuyo sitio se ha abierto la calle de Valois. Reconocí en la portezuela del coche la apacible y dulce figura de la señora princesa de Lambesc. Mi primera intención fué huir. Pero la voz repitió aún:

— Dionisio, venid por aquí!

Permanecí inmóvil, después obedecí. Abrióse la portezuela de la carroza. La princesa me ordenó que subiera, y los hermosos caballos blancos tomaron el gran trote hacia la calle de Santo Domingo. La princesa permaneció algún tiempo sin hablar, después me preguntó con voz triste:

— Dionisio, qué significa esa mogiganga?

Respondí sin saber lo que decía:

— No quiero volver ya á casa de monseñor.

— Y por qué, Dionisio?

— Porque es un hombre duro y de mal carácter.

— Vuestra carrera eclesiástica... continuó la princesa, sin perder su dulzura.

— Señora, interrumpí, no quiero ya ser sacerdote.

— Y qué queréis ser, Dionisio?

— Quería ser muerto, respondí, deshaciéndome en llanto.

La princesa guardó desde aquel momento silencio. Llegamos á la calle de Santo Domingo, delante de la puerta-cochera de su hotel.

— Adios, señora, quise decir; creed que no olvidaré vuestras bondades...

— Callaos, Dionisio, me interrumpió. Quiero que subáis, tengo que hablaros.

Subimos juntos la grande escalera del hotel. Permanecí solo en el salón, mientras que ella pasaba á su estancia. Había en el salón un retrato de cuerpo entero de monseñor el arzobispo. Me detuve delante; miré con ojos llenos de cólera. Su rostro venerable me parecía manifestar el desden y la dureza.

— Hé ahí al que todo el universo católico llama un santo! exclamé. Pues bien! Dios sabrá que ha roto con una palabra mi carrera, y la muerte de un pobre muchacho clamará contra él!

— Sois un loco Dionisio, dijo detrás de mí la dulce voz de la princesa; pero no puedo creer aun que tengáis mal corazón. Sentaos á mi lado y conversemos, pobre niño. Qué os ha sucedido?

La referí con un fuego y una violencia extraordinarios mis supuestos agravios contra monseñor. Creía causarla impresión por la amargura misma con la cual hacía mi narración; ella me escuchó con paciencia.

— No es mas que eso, Dionisio? me preguntó cuando hube acabado.

— No es bastante? exclamé, perdiendo casi el respeto.

Sonrióse la princesa, y apoyó su fresca mano sobre mi cabeza ardiente.

— No, no es bastante, Dionisio, me respondió; no es bastante para acusar al corazón mas puro, mas misericordioso, mas altamente caritativo que hay sobre la tierra.

— Le conocéis mejor que yo, señora, repliqué, irritado mas y mas, y sin duda teneis vuestras razones para hablar de ese modo.

Declaro que el pensamiento de perder la benévola amistad de mi protectora no me inspiraba en aquel momento ninguna especie de temor. Guardó respeto á mi inconveniente réplica toda su dulce serenidad.

— Sí, Dionisio, me respondió, solamente que le conozco mejor que vos, amigo mio; sí, tengo mis razones para hablar como lo hago... Y no sin motivo, añadió con reprimida emoción, se halla aquí el retrato de Cristóbal de Beaumont, en primera línea, entre los de nuestros padres...

Callóse y pareció reflexionar. Tenía yo impaciencia por ver terminada esta entrevista.

— En dónde pensáis pasar la noche? preguntóme de repente.

No me había yo dirigido á mi mismo esta pregunta. La idea de mia bandono me comprimó el corazón, y murmuré, con los ojos llenos de lágrimas:

— No me interrogueis, señora, y permitidme que me despida de vos!

Ya me había yo levantado; sua deman me volvió á mi asiento. Hubo aun un momento de silencio.

(Se continuará.)

PAUL FEVAL.





El Carnaval en Ambéres, segun un croquis enviado por M. Léo Von Elliot.



LA IMPRENTA IMPERIAL



Prensas antiguas.



Pila de mojar.



Sala de las prensas mecánicas.



Regladura.



gloria en figurar en su cortejo, elevan á las ventanas, por medio de largas varas, sus bolsas muy pronto llenas con los donativos de los ricos!

Podría rehusarse á este simpático llamamiento de la alegría lo que se rehusa á las lágrimas?

Vosotros, Flamencos, conservad por mucho tiempo vuestro carnaval, vuestras armoniosas campanas, vuestras ahumadas tiendas, vuestras carcajadas, vuestros largos vasos de cubierta de estaño y esas pipas confortables de las cuales han volado tantos ensueños de felicidad!

No sois, como se ha dicho, plagarios del chiste francés. Dista mucho aun el tiempo de borrar vuestra grande originalidad. Si se encuentra á París en la galería Saint-Hubert, los antiguos Flamencos que lucharon contra Juan sin Miedo han dejado en Gante una prole de la cual no tendrán que abochornarse. Por do quier tiende la historia á nivelarse, las individualidades no son a absorbidas, pero en donde las antiguas costumbres han dejado su profunda huella, se destacan mas vivamente sobre el fondo uniforme de nuestro siglo. Nuestra civilización tendrá tiempo de envejecer antes que la Europa os devuelva lo que ha recibido de vosotros.

AIMÉ JOUFFREY.

### LA IMPRENTA.

«De que se ha impreso el Evangelio, no se sigue precisamente que la imprenta sea una cosa buena. De que hayan sido impresos libros infames, tampoco se deduce que la imprenta sea una cosa mala. Ella es un agente del espíritu humano, agente admirable ó terrible, segun que él maneja la oración ó la blasfemia, la fe ó la impiedad, el progreso ú el desorden.»

Así se expresa M. Turgan en el primer párrafo sobre la Imprenta Imperial, entrega sexta de las *Grandes usines de France*.

Nosotros creemos no poder hacer cosa mejor que atenernos á esta definición de la imprenta, en cuanto concierne á su fin moral. Bajo el punto de vista material, la imprenta es la reproducción mecánica de una cantidad de ejemplares exactamente semejantes, de un libro, de un periódico, de una viñeta, etc.

Antes del año 1450, todo se hacia á la mano y casi siempre en un solo ejemplar. Imposible era entonces tener dos manuscritos idénticos. Los escolares y los sabios franceses se vieron obligados por mucho tiempo á hacer venir sus libros de Maguncia, de Harlem ó de Venecia, en cuyas ciudades habia sido mas rápido el progreso. Hacia 1538 fué cuando Francisco I<sup>o</sup> resolvió emancipar á la Francia de ese tributo mas humillante que oneroso, creando una tipografía griega cuya direccion confió á Conrado Neobar. Mas adelante, fué nombrado Roberto Estienne, impresor real para el latín y el hebreo. Por último, Luis XIII fué el fundador del establecimiento instalado en 1640 en el Louvre, de cuyas prensas salieron numerosas y bellas ediciones latinas, griegas y francesas, adornadas de viñetas y de frontispicios ó portadas, en las cuales no desdeñaba trabajar el mismo Le Poussin. Luis XIV protegió la tipografía francesa, descuidada hasta entonces. Luis XV continuó su régio patronato á los typógrafos del Louvre, y bajo su reinado fué cuando la dinastía Papillon dió principio á la serie de sus bellas viñetas en madera.

En nuestros dias, la imprenta francesa, con todas las mejoras que en ella se han ido introduciendo, no teme ya la competencia de sus predecesoras; y en las exposiciones universales, hásele reconocido una superioridad incontestable. Estudiemos ahora cada una de las partes de ese conjunto complicado que se llama la fabricación de los libros, fabricación que, sin contar á los literatos, sabios, dibujantes, correctores y grabadores, interesa á un número tan crecido de industrias, esenciales ó accesorias.

### LA FUNDICION DE CARACTERES.

El carácter, tipo ú letra es un pequeño prisma metálico de unos 24 milímetros de altura. Este prisma lleva en relieve, en su extremidad superior, la figura de la letra; esta figura se denomina *ojo*, mientras que el prisma lleva el nombre de *cuerpo*.

Para obtener estos caracteres ó tipos, es indispensable, ante todo, cincelar un punzon, es decir, una pequeña espiga de acero templado, que ter-

mina en una de sus estremidades por el relieve de la letra, y en la otra por un mango de buril. Un martillazo hace penetrar la letra, á frio, en una placa de cobre rojo, y el rebote causado por esta percusion da una depresion que reproduce exactamente en hueco la figura en relieve de la letra que se quiere producir. Si en esta depresion se deposita un metal en fusion, se obtendrá la letra tantas veces cuantas sean las que se repita la operacion. La composicion del metal varia segun los usos á que se destinan las letras fabricadas. La mezcla se halla ordinariamente compuesta de partes de plomo, de antimonio, de estaño ú de cobre. El hornillo de caracteres es una especie de tazon circular en cuyo centro está colocado el crisol sobre un hogar. Los operarios fundidores, de pié en derredor del tazon, tienen en una mano el molde y en la otra una cucharilla, y llenan y vacian el molde con bastante rapidez para hacer cada uno hasta cinco mil letras por diez horas. Hanse ademas inventado varias máquinas para acelerar aun la fundicion de los caracteres.

### LA COMPOSICION.

Reunir con cuidado las diferentes partes movibles que constituyen una lámina, cuyo inverso mosaico en relieve, una vez impregnado de tinta, puede reproducir indefinidamente un manuscrito, es lo que se llama componer. Los operarios que preparan este mosaico se denominan cajistas. Cada conjunto de letras de una misma fuerza se halla ordenadamente dispuesto en un ancho cajon sin tapa llamado *caja*; ésta está dividida en pequeños compartimentos denominados *cajetines*. Los cajetines contienen, independientemente de las letras ordinarias ó redondas, las versales y las versalitas, los puntos y las comas, los cuadrados y cuadretines que terminan las líneas y los espacios, pequeños prismas sin *ojo*, que sirven para separar las palabras y las letras. Las cajas contienen ademas regletas, filetes y signos de toda especie, tales como los interrogantes, admiraciones, comillas, paréntesis, guarismos, etc.

El cajista, de pié ante su caja, tiene en la mano izquierda su *componedor*, instrumento formado de dos reglas en ángulo recto, donde vienen á enfilarse los caracteres. Una corredera con tornillo regula en el componedor la longitud de la línea de impresion. El manuscrito, que generalmente lleva en español el nombre de *original* (*copie*, en francés), se halla frente al cajista, quien apenas aparta de él la vista, mientras que su mano visita sin cesar los cajetines. Las letras reunidas por párrafos, fuertemente ligados entre sí por una cuerda que los circunda, se trasladan á una mesa horizontal llamada *mármol*. Sobre esta mesa, se saca la *prueba*, la cual se obtiene pasando sobre las letras un rodillo empapado en tinta, y aplicando despues sobre ellas una hoja de papel lijamente mojada. Esta, que se llama *prueba en primeras*, pasa á manos del corrector, quien enmienda las faltas ó errores, á los cuales se da en Francia el nombre de *coquilles*.

### AJUSTE.

El ajuste tiene por objeto reunir los paquetes de caracteres ó letras, dividiéndolos en páginas iguales, poner sobre cada página el título de la obra, colocar metódicamente estas páginas entre los cuatro lados de un cuadrilátero de hierro rígido que lleva el nombre de *rama*, donde se fijan por medio de biseles y cuñas. Entonces se saca en prensa una prueba llamada *tercera* que da ya la disposicion del *pliego* ú *hoja*. Una vez revisado y corregido el ajuste en la prueba *tercera*, llevan la *rama* á la máquina de tirar.

### LA TIRADA.

1<sup>o</sup> En prensa.—Hay dos clases de prensas, unas de husillo ú tornillo y otras de palanca. Cada prensa se halla acompañada de su mesa de tinta guarnecida de un tintero transversal que un obrero toca con el rodillo que lleva sujeto con ambas manos; estiendo esta tinta sobre la mesa á fin de distribuirla con igualdad al rededor del rodillo; y despues frota con él la *forma* implantada sobre el *carro* de la prensa. Otro obrero ha colocado mientras tanto una hoja de papel entre la *frasqueta* y el *timpano*, y los ha descendido uno sobre otro. En seguida le aplica sobre la forma impregnada de tinta, da un golpe de barra, ó una vuelta de tornillo, la *platina* baja mientras que el carro viene á presentarla la forma, y cuando él suelta la palanca, un contra-peso ú balancin dispuesto á este efecto levanta la platina y despide el carro.

2<sup>o</sup> Máquina de vapor.—M. Turgan, en la des-

cripcion de la Imprenta imperial, no vacila en confesar la dificultad de describir claramente estas máquinas, algunas de las cuales imprimen hasta ciento veinte mil periódicos en diez horas.

Los cilindros para imprimir telas sugirieron á Williams Nicholson la primera idea de las máquinas actuales. Estos ensayos fueron infructuosos para él. Koenig, que los perfeccionó, fué considerado como el inventor del sistema tipográfico. El problema de la tipografía fué completamente resuelto cuando Koenig construyó la máquina que ha servido de base á las prensas actuales, aplicando un ingenioso sistema de cilindros y de cordones sin fin para dar vuelta al pliego, hacerle pasar bajo un segundo cilindro compresor, y recoger así al salir de la prensa una hoja ó pliego de papel impreso por sus dos lados. Las máquinas están generalmente servidas por mujeres: una *marginadora* coloca las hojas entre los cilindros de la máquina, y una *recibidora* los aguarda á su salida y los va apilando.

EMILIO BOURDELIN.

### UNA BOTELLA HISTÓRICA.

Estos dias últimos de carnaval, habianse reunido para comer unos cuantos extranjeros distinguidos, en los salones de un literato portugués que no ha hecho su fortuna con la literatura; preciso es no engañarse. Lo picante de este banquete cosmopolita consistia particularmente en esa originalidad *haut en goust* (de alto bordo), como diria Rabelais, en que cada convidado habia llevado tres botellas de vino de su comarca, y bien entendido, del mas esquisito de sus mejores ribazos. Un convidado griego se habia hecho preceder de tres frascos de Chypre capaces de hacer bailar de alegría á un cenobita del monte Athos; un banquero español de tres botellas de vino de Canarias; un gentleman irlandés, de tres de Constanza conservado en una barrica, metida en otras tres barricas, como una ciudadela que encierra un fuerte que á su vez contiene dos órdenes de murallas; un oficial alemán de tres botellas de vino del Rhin, con tapones de oro, compradas en Frankfurt del Mein; un Francés, de tres botellas del Larose-Sarget y de otras tres del vino del famoso Ermitage Bergier, nombre que toma de su propietario, quien se titula abogado, pero que no tiene necesidad de litigar por sus vinos. Cuando se le rindieron los honores militares á estos vinos, ilustres sobre la tierra entre los vinos ilustres, el dueño de la casa hizo servir no tres botellas, sino una sola. Mas de qué vino? Lo sabremos mas adelante. Pero era una botella efectivamente? Tampoco podemos aclarar esto por el momento.

Sí, fué difícil saber desde el primer instante si, en efecto, era una botella. Era una masa informe, frusta, irregular, lodienta, erizada de excrescencias y cubierta de un negro de hollin distintivo de las momias, y como éstas, ella se hallaba envuelta en una camisa de lienzo. A influjo del tiempo, esta envoltura se habia adherido al cuerpo vidrioso de la botella, ó lo que se suponía botella, porque era imposible determinar la parte que correspondia al continente y la que le correspondia al contenido. Un niño embalsamado bajo el reinado de Sesóstis no hubiera presentado un aspecto de disecacion semejante. Al rededor del cuello, el lienzo desatado, ó mejor dicho, arrancado por un extremo, dejaba suponer que se habia tratado ya de destaparla. Ella fluctuaba triangularmente. De dónde procede que se habian detenido en esta operacion? Ibamos sin duda á saberlo. Antes de pasar mas adelante, es preciso decir tambien que los dos criados encargados de traer esta estraña sorpresa habian tenido el mayor cuidado para conducirla de la bodega al comedor. La habian transportado muy despacio, no inclinándola ni á derecha ni á izquierda en la cesta en cuyo fondo reposaba muellemente tendida sobre una cama de algodón.

Un bulto practicado en una de las partes laterales de la cesta, por medio de este algodón, simulaba una almohada de enfermo. No se tienen mas atenciones por un centuagenario que se vé obligado á viajar en coche. Por las paredes de esta cesta descendia, retenido por una cinta, un enorme sello de lacre verde, que ostentaba en relieve las armas de Portugal. Esta cinta, algo pálida, despues de haber atravesado diametralmente el sello real, terminaba en un pedazo de pergamino, en el cual se distinguian varias letras. Una segunda cinta, mas ancha, que partia de la primera y del mismo matiz pálido, iba á



ceñir con varias vueltas el vientre de la botella. De manera que todas estas diversas cosas, por su conjunto, por su relacion, formaban á no dudarlo un testimonio destinado á declarar la autenticidad de la pieza principal, es decir, de la botella.

Todos estos accesorios eran muy viejos, pero no se veía, sin embargo mas que la cesta: el sello de lacre verde, las cintas y el pergamino distaban mucho de tener la edad de la botella. Representaban las diversas partes de un sarcófago muy posterior á la época en que el difunto de vidrio habia sido enterrado. La palabra cesta no conviene tal vez exactamente al objeto; pues lo que lleva este nombre en esta crónica de un sarao no era de mimbre, sino de junco y de hierro, de mallas bastante estrechas, para permitir que una cerradura se hallase fijada en él con tanta solidez, como en la madera de encina. Llamémosle «cesta» á falta de palabra mejor. Habia sido abierta un poco antes de la comida con el fin de dar libre entrada al aire, precaucion sin la cual era de temerse que se exhalara un vapor de bóveda con gran desagrado de los convidados.

Cuando cada uno de estos hubo examinado, estudiado minuciosamente aquella reliquia esca pada de las catacumbas del pasado, el noble Portugués que recibia dijo á sus huéspedes: «Esta botella—decididamente era una botella—tiene la edad de cien to cinco años. Data de 1755.

—Pero entonces, dijo el convidado español, tiene la edad del terremoto de Lisboa.

—Tiene esta edad, dijo el dueño de la casa; aun es un poco mas vieja, pues es de suponer que no pensaban los habitantes de Lisboa en embotellar vino el mismo dia del terremoto, ó algunos dias despues. Por otra parte, continuó el que hablaba, sé la historia de esta botella como sé la de mis abuelos, y aun mejor todavia. A la verdad ella es algo parienta mia, así como vais á saberlo, si que-reis que os lo diga.»

La precaucion oratoria era un puro lujo: hacia media hora, y aún mas, se tenia menos sed del vino contenido en la botella que del enigma inherente á sus negruzcas paredes. Se habia bebido ya tanto!

«—Ya sabeis, señores, que en un domingo del año 1755, se verificó el memorable terremoto que destruyó de arriba abajo cerca de la mitad de las casas de la ciudad de Lisboa, mas poblada entonces que hoy, si bien ahora cuenta trescientos mil habitantes. Aquel dia, uno de los mas ilustres miembros de la familia de que descendo, el gran prior de Lamego, casaba á su sobrina con un joven oficial de la marina real, oriundo de una gran casa. Se ha encontrado en los archivos recojidos en el convento de Belen despues del desastre, inscrito este casamiento en una fecha que es precisamente la de la vispera de la gran conmocion subterránea. Ahora bien, los restos del banquete descubiertos en los escombros del palacio del gran prior, mi tio, atestiguaban, por su carácter y sus proporciones, que era el de la boda de su sobrina; banquete dado al dia siguiente de la celebracion del matrimonio en el convento de Belen, y tan fatalmente interrumpido por el horrible sa-

ludimiento, el desplome de una ciudad y la muerte de mas de cincuenta mil habitantes, en cuyo número se contaban nuestros jóvenes desposados. Recojiéronse entre estas ruinas porcelanas del Japon y de las Indias, fuentes de plata en gran número y varias botellas de vino que no se rompieron, habiéndose hundido ilesas en la arena y el lodo.

Los sobrevivientes de la familia del gran prior de Lamego y los de la joven desposada dividieron entre sí estos recuerdos de una union tan tristemente terminada, restos de un naufragio en el fuego. Mi familia reunió algunos de estos recuerdos, los conservó piadosamente, y los transmitió; ella obtuvo las seis botellas de vino de Oporto que se hallaban sobre la mesa nupcial en el momento de la catástrofe. Cinco de estas preciosas botellas han desaparecido en diversas somemnidades de familia: nacimientos deseados, bocas, grandes promociones en el ejército ó en la órte. Y ésta, señores, es la botella que de generacion en generacion me ha sido legada.

Un murmullo de general admiracion resonó en el lugar de esta escena.

—Escusado es deciros, señores, dijo el ilustra-

do Portugués, que la ocasion de vuestra presencia en mi casa me ha parecido la mas apropiado para beber esta página histórica de mi familia.

—No! no! no! no la toqueis, exclamaron todos sus convidados. Respetemos la historia.

—El mas profundo respeto que se le puede manifestar al vino, prosiguió sonriendo el noble Portugués, es beberlo... pero ¡ah! me olvidaba deciros que la prueba auténtica, segura, incontestable de que esta botella proviene del palacio desplomado del gran prior de Lamego, mi tio, es que esta especie de camisa ó de coraza en que se halla envuelta, camisa hecha con telarañas, con lodo y con los siglos que la envuelven, hase reconocido que no es sino una servilleta.

En esta esquina despegada se distinguen las armas de nuestra familia, y esta prueba es aun mas convincente para mí de que ese sello de lacre verde, cuyo testimonio no rechazo sin embargo, no confirma el origen de la botella sino treinta años despues del acontecimiento que le ha hecho merecedora de ser salvada y conservada como monumento histórico. Ved, pues, señores, estas armas de que os hablo; están bordadas con hilo de oro en el extremo de esta tela hinchada por la



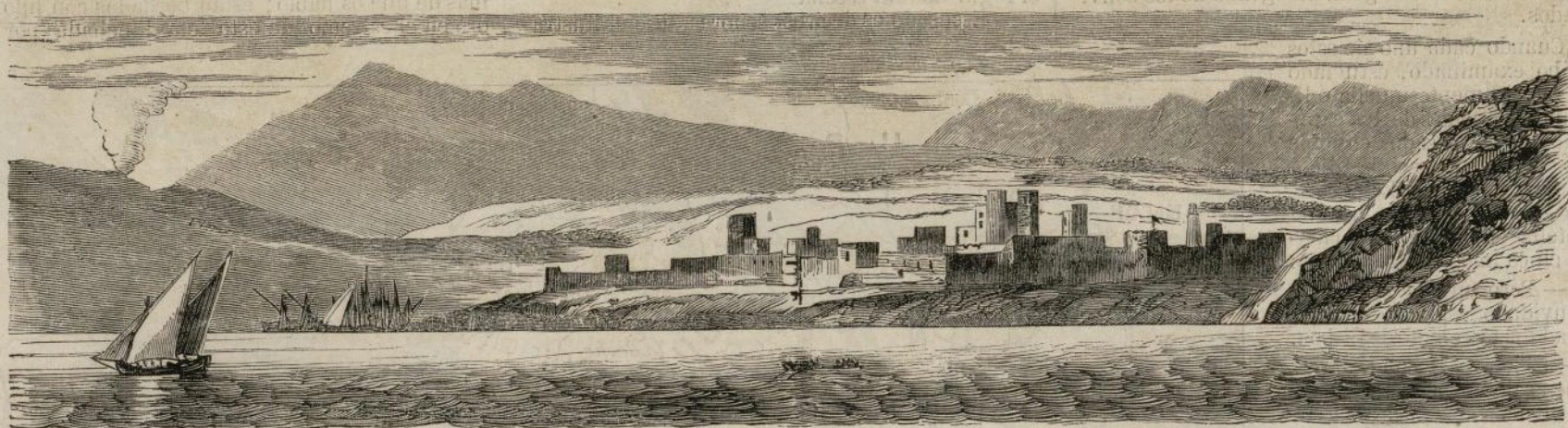
Mapa del ducado de Savoya y del condado de Niza.



VISTAS DE LAS CIUDADES DE ARCILLA Y DE LARACHE, QUE ACABAN DE SER BOMBARDEADAS POR LA FLOTA ESPAÑOLA.



LARACHE



ARCILLA.

humedad y petrificada por el reposo letárgico de que ha gozado la botella desde la destrucción de Lisboa, de donde la he hecho traer estos días con las precauciones mas recomendadas. Es probable que en el momento del tremendo sacudimiento de 1755, la botella cayó de los bordes de la mesa sobre las rodillas del gran prior, y se envolvió en su servilleta, descendiendo al fondo del abismo, donde se ha ido produciendo lentamente la adherencia que observamos.

Ahora, señores, concluyó el descendiente del gran prior de Lamego introduciendo el tirabuzon en el tapon, veamos todos si este venerable Oporto ha degenerado algo menos que el que tiene el honor de ofrecérselo. Tengo una gracia que pedir, añadió reclinando el cuello arrugado de aquella abuela venerable sobre los bordes de cristal de cada vaso, y es que bebamos este vino de Oporto á la memoria de los esposos á quienes estaba destinado.

Un silencio espresivo reinó en la habitacion, en tanto que un licor claro, fino y un poco dorado aun, caía con trabajo en los vasos; despues, levantando cada uno el suyo á la altura del corazon, repitieron con grande emocion estas palabras pronunciadas por el afortunado descendiente: *A la memoria de los jóvenes esposos!*

Estos habian muerto hacia ya ciento cinco años.

LÉON GOZLAN.

#### HISTÓRICO DEL DUCADO DE SAVOYA Y DEL CONDADO DE NIZA.

Despues de haber formado parte del imperio romano, la Savoya fué comprendida en el que creó Carlomagno.

Mas adelante, en 888, pasó bajo los dominios del rey de la Borgoña transjurana.

En 1027, fué erigida en condado á favor de Humberto el de las Blancas maros, vástago de la casa de Savoya, y cuyos sucesores reunieron á este condado de reciente creacion el de Suza, el Piamonte y el condado de Niza.

La Savoya fué ocupada durante diez y siete años, desde 1532 hasta 1559, por los Franceses, quienes hicieron de ella una provincia de su reino.

Las estipulaciones de la paz de Château-Cam-

bresis la hicieron volver al duque Manuel-Filiberto.

Despues de la toma de Turin por Joubert (1798), la Savoya volvió á la Francia, y formó el departamento del Mont-Blanc y una parte del de Lemman.

Los tratados de 1815 la colocaron con el Piamonte, bajo el cetro de Victor-Manuel I<sup>o</sup>.

La Savoya está separada del departamento del Ain por el Ródano, que forma el límite de los dos Estados. Un puente de hierro, lanzado en 1858 sobre el rio, reúne las dos fronteras, enlazadas por el ferro-carril que deberá perforar el monte Cénis para empalmarse con la línea de Suza á Turin.

Antes de llegar á Chambéry, hoy capital de la provincia de Savoya, se encuentra el lago del Bourget, cuyas olas armoniosas han sido cantadas por Lamartine. En las cercanías de la ciudad, que sólo ofrece de notable su situacion en un fresco y hermoso valle, una excursion á las *Charmettes* es de rigor para aquellos á quienes la memoria de J.-J. Rousseau y de M<sup>me</sup> de Warens conserva aun algun atractivo ú interés.

En Chambéry fué donde nacieron Saint-Real y los hermanos de Maistre, glorias enteramente francesas.

Pais muy montañoso, de escasa industria, pobre por consiguiente, la Savoya no cuenta ninguna otra ciudad interesante fuera de Chambéry y San-Juan-de-Maurienne, donde se nota la catedral, que encierra la tumba de Humberto Blancasmanos, el fundador de la casa de Savoya.

Las otras villas, Albert-Ville, San-Julian, Thonon, Bonneville, Annecy y Moutiers, aunque son capitales de provincia, son poblaciones poco notables.

Al Sud de nuestras fronteras del Este, y separado solamente por el torrente del Var, hállase el condado de Niza, protegido de los vientos del Norte por las últimas vertientes de los Alpes, que se elevan como las gradas de un vasto anfiteatro al rededor de la ciudad que da su nombre al condado. Niza no posee ningun monumento artistico, pero tiene un puerto seguro, aunque muy pequeño, donde los buques entran en franquicia, una situacion admirable y un clima muy querido por todos cuantos tienen la salud delicada.

La lengua dominante es la francesa.

Niza es una colonia de Marsella, y su fundacion

es debida á los hijos de aquellos Focios que crearon á la reina del Mediterráneo francés. Los Romanos hicieron de ella despues un arsenal marítimo que mas adelante transportaron á Frejus; preferencia que hizo perder su importancia á Niza, la cual no se volvió á levantar ya hasta el siglo octavo.

En 1388, se entregó á Amadeo VII, duque de Savoya. A éste y á sus sucesores es á quienes Niza debe su engrandecimiento.

Catinat se apoderó de ella en 1691, y Berwick, el hijo natural de Jacobo II, que se había naturalizado francés, el émulo de los Villars y de los Catinat, la tomó en 1706.

En 1792, fué agregada á la Francia, siendo hasta 1814 la capital del departamento de los Alpes marítimos.

Niza es patria del célebre astrónomo Cassini, quien, llamado á Francia por Colbert, se hizo naturalizar y falleció en Paris en 1712, á la edad de ochenta y siete años.

MAC VERNOLL.

Una noticia transmitida por el telégrafo ha venido á anunciarnos el bombardeo de los puertos de Arcilla y de Larache por la escuadra española. Hemos creído interesante para nuestros lectores el poner ante sus ojos las vistas de esos dos puntos, poco conocidos, de la costa marroquí.

Edificada á orillas del mar, y respaldada en derrumbaderos desnudos y quemados por el sol, Arcilla está defendida por algunos fortines de forma cuadrada, ligados entre sí por una muralla en bastante mal estado.

Larache, la mas importante de esas dos plazas, habia sido ya bombardeada por los Franceses en 1765, y no será por cierto el mal fortin, casi arruinado, que se suponía debía defenderla, el que habrá podido detener los fuegos de la flota española.

Situada en la desembocadura del Lukos, Larache podrá contar de cuatro á cinco mil habitantes. Posee uno de los puertos mas animados del imperio. Su principal artículo de exportacion es la lana, que las tribus vecinas del litoral vienen á traer á su tan famoso mercado.

L. B.

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle, A. Bourdilliat, 15, rue Breda.